

contemporizar con tus gustos, sin hacer caso de tus preferencias, aun cuando no sea más que para poner á prueba tu virtud y ejercitarte en la abnegación. Estarás como el soldado sobre las armas; se le dice que vaya allá, y va; que venga aquí, y viene. Cuando el jefe lo manda, debe marchar ó pararse, aun delante de la muerte. He aquí, querida hija, á lo que debe estar dispuesta tu libertad; he aquí lo que debe aceptar.»

Ved, casi *en todos* sus detalles, las penas que pueden encontrarse en el estado religioso.

No hay duda que todas las religiosas tendrán un día ú otro ocasión de encontrar *estas penas* en su camino; pero ¿las sentirán todas con la misma vivacidad? ¿Tendrán todas la debilidad, ó mejor dicho, la cobardía de quejarse, de murmurar y de llegar hasta vivir pesarosas de haber entrado en la comunidad?

¡Oh, no! Esto no les sucederá más que al menor número, y en el capítulo precedente hemos dicho ya cómo se llaman las que pertenecen á ese menor número: *Religiosas infieles*.

El siguiente capítulo demostrará cómo una piadosa y santa religiosa puede llegar á ser *infiel*.

CAPÍTULO VII

ESPÍRITU DEL ESTADO RELIGIOSO Y CAUSAS QUE PODRÍAN DESTRUIR ESTE ESPÍRITU

De lo que acabamos de decir se deduce fácilmente que *el espíritu general* que sostiene la

vida en el estado religioso es *espíritu de abnegación y espíritu de paz*.

¡*Abnegación y paz!* He aquí, efectivamente, lo que caracteriza á las almas que Dios ha llamado, y que han venido gozosas á unirse con El por los votos de obediencia, pobreza y castidad.

Abnegación que lo da todo, que se dá sin reserva, y que está siempre dispuesta á obrar, á padecer, á morir por aquel á quien llama el alma su maestro y su padre.

«Nada vuestro es ya vuestro, religiosas; todo está enajenado, vendido, entregado en principio en manos del soberano propietario. Venis á ser *los bienes de Dios*, sus bienes propios y exclusivos; como Jesús, vivís para Dios y sólo para El; para adorarle, alabarle, ensalzarle, bendecirle, rendirle los mil homenajes que reclaman sus santas perfecciones. Vivís para darle gracias, consolarle, desagraviarle, amarle y servirle; servirle trabajando, servirle padeciendo, servirle consumiéndoo. Vivís ante todo y sobre todo para *pertenecerle*. Hay en esta sola palabra mundos de vida, de grandeza, de santidad, de gloria y de felicidad (1).»

Paz que no se inquieta por el día de mañana, ni aun por la hora que sigue á la presente; que vive, por decirlo así, para el minuto, bajo la paternal protección de aquel á quien da voluntariamente el dulce nombre de *Padre*; que pide sencillamente lo que necesita, y que

(1) Gay: *De la vie chrétienne*.

espera con amor lo que pide, segura de que todo vendrá á su hora.

Paz que sonríe siempre, aun cuando los dolores físicos ó morales obligan á los ojos á derramar lágrimas, segura de que esos padecimientos son necesarios para su salvación y para la gloria de su Padre.

Paz, en fin, que ni aun siquiera le deja el deseo de vivir ni de morir, sino sólo el deseo tan suave y consolador de hacer siempre la voluntad de su Padre.

¡Oh! ¡Cuán hermoso y bueno es este espíritu, que, cuando reina en las casas religiosas, se insinúa en el alma de todas las personas que la habitan, las anima y las vivifica!

Este espíritu de *abnegación* y de *paz*, que supone un *sentido recto* y un *juicio íntegro*, forma lo que se llama *el buen espíritu*.

Vamos á trazar algunos de *los caracteres* de este buen espíritu; diremos cómo puede viciarse ó destruirse en las almas, é indicaremos, por último, los *malos espíritus* que pueden insinuarse en una comunidad.

I

Carácter del buen espíritu.

El *buen espíritu* desconfía de sí mismo; no se avergüenza de decir: *no sé*.... Se rinde fácilmente á una buena razón que se le da, y dice sencillamente: *me habia equivocado*. Le parece una cosa muy natural el retractarse, y reconocer y confesar que se habia engañado.

El *buen espíritu* prefiere la verdad al gusto

de sostener su opinión. Ama, sobre todo, la caridad, y nunca antepone la gloria de quedar victorioso en una disputa á la satisfacción de evitar á otro la pena de sentirse humillado. No abunda en su parecer; expone sus razones con sencillez y candor; no se admira de que no piensen como él, y no se incomoda cuando advierte que los demás no son de su opinión ó que no participan de su manera de ver.

El *buen espíritu* regula y modera el vuelo de la caridad. Desconfía de todas las vivas emociones, de la ternura natural y de todos los movimientos de una sensibilidad humana. Cuanto más siente la impresión, más teme los peligros. Sabe que todo sentimiento un poco vivo tiene visos de pasión, que toda pasión es ciega, y que, por consiguiente, si la acción que produce resulta buena, es puro efecto de la casualidad, pues no entran para nada la prudencia y la previsión.

El *buen espíritu* regula y modera su celo. No se cree obligado á hacer siempre lo que es bueno, sino que se limita á hacer siempre el bien posible en el estado en que le ha puesto la Providencia; y aun lo hace con calma, sometiendo sus ideas á la reflexión, á la oración y á los consejos de los demás, acordándose de estas palabras de san Vicente de Paúl: «*Dejemos á Dios que nos declare su voluntad, y no saltemos por encima de su Providencia.*»

El *buen espíritu* echa á buena parte todas las cosas y explica favorablemente todo lo que es susceptible de favorable explicación. Procura buscar *lo que hay de bueno* en los de-

más, y si no puede excusar las rarezas y las faltas, no las mira ó procura olvidarlas cuando no tiene que dar á Dios cuenta de ellas; de este modo se libra de una multitud de preocupaciones y disgustos.

El *buen espíritu* obra por razón más bien que por sensación; no aprueba en sí mismo lo que desaprueba en los demás; no sufre de una persona amiga lo que le parece insoportable en otra que le es antipática.

El *buen espíritu* se conduce, sobre todo, por las vías de la fe, pidiendo á Dios todos los días que le haga ver las cosas por su lado sobrenatural. De esta manera se pone á cubierto de los continuos cambios á que está expuesto el espíritu que no ve la *Providencia* en todos los sucesos, ni *el deber* en todo lo que se le ha ordenado; y así es *tibio* ó *fervoroso*, según que Dios le da ó le retira sus consuelos; es *obediente* ó *rebelde*, según se le dé la orden con dulzura ó con aspereza; es *activo* ó *perezoso*, según que el trabajo impuesto halaga ú ofende á su amor propio, se aviene ó no con sus gustos; se muestra en ocasiones expansivo, con el rostro risueño, y sin ninguna razón conocida se pone de repente melancólico, triste y disgustado; se acerca con mucho fervor á los sacramentos de la Penitencia y Eucaristía, después los deja durante algunas semanas porque no encuentra en ellos ningún consuelo, ó porque se haya imaginado que no le recibirá bien el confesor, y con esta conducta inconstante desedifica á la comunidad y llega á ser motivo de tormento para los superiores.

¡Oh! ¡Cuánto más dichoso es, cuánto más edificante, y, sobre todo, cuánto mejor contribuye á hacer amar á Dios y glorificarle este *buen espíritu* que siempre es *el mismo*, porque Dios es siempre *el mismo*! Tiene horas de disgusto, de desolación, de desfallecimiento, y padece cumpliendo su deber; porque para él, como para todos, el deber se muestra algunas veces muy austero; pero obra siempre con exactitud, y en medio de las dificultades que encuentra dice á Dios: «¡*Vos sois mi dueño, hoy lo mismo que ayer, y mi deber es obedeceros!*»

II

Faltas que vician ó destruyen el buen espíritu.

Pueden viciar en las almas este espíritu, y hasta pueden destruirlo ciertas faltas que, como miasmas emponzoñados, vienen á corromperlo lentamente.

Estas faltas no son precisamente las *faltas graves* que, cometidas alguna vez, humillan profundamente, y gracias al sacramento de la Penitencia y al sincero arrepentimiento del corazón no dejan rastro en el alma.

No son tampoco esas *faltas veniales*, cometidas habitualmente por una religiosa, y que, dejándola en ese *estado de tibieza* que extingue poco á poco el espíritu de fe, la hacen insensible á las luces de la gracia, á las exhortaciones de los superiores, y obliga á Dios á decir: «*Porque eres tibia te vomitaré de mi boca.*» Esa tibieza arrastrará poco á poco á la pobre

alma á la perdición; pero la tibieza de una religiosa, aunque nociva á la comunidad, no puede hacerle perder el espíritu general.

Lo que le hace perder son esas *faltillas* personales é imperceptibles al principio, pero que poco á poco se van generalizando, y hacen en una comunidad lo que hace en un navío una hendadura que deja penetrar el agua gota á gota; esas *sensualidades* que parecen insignificantes; esos *permisos* que se conceden con excesiva facilidad, y que producen en una alma y en una comunidad ese efecto que tan bien explica la palabra *relajación*.

Relajarse es pasar lenta y casi insensiblemente del *bien á un bien menos perfecto*. Es pasar de una omisión leve á otra más grave, de una imperfección á una falta, de una falta á un hábito. Es sentir pesada y difícil aquella regla que nos parecía tan suave y ligera. Es llegar á no poder sufrir ni privaciones, ni mortificaciones, ni reprensiones, no creyendo nunca necesitarlas ni haberlas merecido. Es, por fin, irse desentendiendo poco á poco de todo lo que molesta, ofende ó fatiga.

¿No veis cómo una comunidad en donde se introdujera esa relajación se *desuniría poco á poco* y acabaría por perder *la abnegación y la paz*?

He aquí la simple enumeración *de las faltas* que producen la relajación, así en las almas como en las comunidades.

Negligencia en los ejercicios de piedad.

La religiosa que empieza á ser negligente en sus rezos, es religiosa *perdida*. La comunidad en donde no se hacen los rezos y oraciones con *regularidad y piadosamente*, es una comunidad que se va descomponiendo.

¡Oh! no faltan pretextos para dejar la oración, para ir tarde al oficio, para no rezar el Rosario: *un insomnio de algunas horas; un malestar general que impide respirar en la capilla; una corriente de aire que indispone; una labor urgente y agradable, y que es preciso acabar á todo trance; una clase que exige preparación.....*

Y te vas alejando de Dios, pobre hermana, y dejas que se vaya debilitando tu alma; y la oración que no haces hoy, te costará más hacerla mañana; y esa oración, *dcuda* contraída con tu Dios, la *debes* siempre; ¿cuándo la pagarás?

No exageremos nada: cuando *realmente no se puede orar*, se muestra el alma á Dios y se le dice como á su padre: *Ved, Señor, que la que amáis está enferma*, y el alma se queda en paz.

Más adelante diremos *cómo se ha de orar*; hoy os repetimos: *¡Orad, orad!* ¡No dejéis, por negligencia ó pereza, ninguno de vuestros rezos! Nadie pida, sino muy rara vez, que le dispensen los rezos de comunidad; y cuando alguna haya obtenido esa dispensa y se quede á solas en la cama, ó en la celda, únase con el pensamiento á sus hermanas que están orando.

Falta de puntualidad.

La puntualidad es la fidelidad en empezar los ejercicios tan pronto como llega la hora; la fidelidad en callarse en recreación tan pronto como se da la señal; en salir, aun de la capilla, tan pronto como se acaba aquel ejercicio; en levantarse y acostarse á la hora señalada.

En una casa y en una alma nada mantiene tanto el orden como esta exacta fidelidad; nada prueba tanto á Dios que somos suyos y que deseamos complacerle. ¿No es la voz de la campana la señal que Dios manda dar? ¡Es El! ¡Es Dios mismo quien me llama! ¡Vamos pronto! He aquí el grito del alma amante.

La falta de *puntualidad* retrasa los ejercicios, los trastorna, hace perder el tiempo, acostumbra á la vida irregular; y cuando en una casa se toma el hábito de la *irregularidad*, hay pronto desorden general. Un punto no es realmente más que un punto, pero sostiene otro, y ese primer punto que falta produce necesariamente la caída del segundo. No desperdiciemos los *minutos*: son necesarios para mantener las *virtudes*.

Falta de amabilidad y de cortesía.

Esto parece poca cosa, pero la falta habitual de benevolencia y de cortesía resfría la caridad y la va extinguiendo poco á poco. Es causa de que se cierre el corazón y acabe por volverse frío, enojadizo y antipático; desgarran los pobres corazones delicados que se hubieran

abierto con tanto gusto y que se cierran con dolor. Esto es lo que hace una contestación brusca, un gesto desdenoso, la negativa rotunda á conceder un favor porque no se tiene tiempo; el extremar las chanzas á pesar de estar viendo el disgusto que producen....

Más adelante tendremos ocasión de hablar largamente de la caridad; diremos aquí solamente que no hay nada *tan delicado como esta virtud*. Para ser feliz en una comunidad, se necesita algo más que el simple *amor de caridad*; es preciso el *amor de afecto*; son necesarias la galantería, las delicadezas del corazón; es preciso que haya un poco de simpatía, un poco de compasión; en una palabra, es preciso *amarse como hermanas*. ¿No estáis todas reunidas por los cuidados de Jesús, y reunidas para amaros? Doloroso es decirlo, pero ¡cuántas comunidades hay en las que tiernos corazones han sufrido horriblemente porque *allí no se amaba!*

Falta de silencio y de recogimiento.

Una comunidad *silenciosa* es, ordinariamente, una comunidad fervorosa y regular. Cuando al pasar por los corredores se siente uno como penetrado por una atmósfera de paz y de calma; cuando se ve á las religiosas ir sosegadas y recogidas, cada cual á su empleo, con ademán y porte modestos, se puede decir que en aquella casa la obediencia es fácil, la caridad dulce, y que Jesucristo reina allí realmente como soberano.

Una comunidad *disipada* no es ya la casa del buen Dios.

Llamamos *disipada* una casa en la que todo el mundo anda apresurado; en donde no se hace nada con calma; en donde hay ruido casi incesante en los corredores porque no se piensa en andar despacio, y porque no hay la costumbre de dar ó recibir órdenes ó instrucciones en voz un poco baja.

En esas casas es imposible el espíritu de oración; la dulzura del amor de Dios es desconocida; las relaciones entre las hermanas son, ordinariamente, bruscas y sin afabilidad; la obediencia es, sobre todo, muy pesada; las murmuraciones son frecuentes, y, humanamente hablando, se puede decir que están casi justificadas; en una palabra, no hay orden.

No ya en la recreación, sino á la puerta de una celda ó acaso en la celda misma, adonde se va para hablar, se forman las cábalas, las intrigas, que destruyen tan pronto el espíritu de una comunidad.

¡Oh! si hubiéramos de dar aquí un consejo á las superiores, les diríamos: *Recomendad el silencio; silencio de palabras, silencio de acciones. Dad ejemplo de riguroso silencio; no habléis ni obréis jamás sacudida y atropelladamente: y sea el tono de vuestra voz más bien bajo que alto.*

Preocupación por la salud.

«Hay, dice Collet, personas tan delicadas para consigo mismas, que todo las inquieta.

Un día han descansado mal, otro día tienen una jaqueca que las mata. El canto ó el simple rezo del oficio parvo las ahoga; necesitan salir de la capilla para respirar el aire libre; su celda está mal situada..... Esta clase de personas, siempre enfermas sin enfermedad, no alcanzan jamás la perfección de su estado; son desgraciadas y hacen desgraciadas á las demás. No hacen nada digno del dueño á quien se han consagrado. La tibieza, que es su verdadero patrimonio, las inhabilita para hacer el bien que Dios les tenía reservado, y poco á poco, esas enfermedades casi imaginarias se convierten en enfermedades reales.»

No exageremos las cosas. La superiora debe ser para las enfermas, para las achacosas, las enfermizas, inmensamente madre. Su deber es no escatimar nada para curar, aliviar, cuidar á aquellas de sus hijas que padecen; debe llevar aún la condescendencia y la bondad hasta el punto de tener *realmente compasión* de las enfermedades imaginarias, y procurar curarlas redoblando su afecto, su cariño (á menudo éste es el único remedio); pero sepa también la religiosa que debe hacerse superior á esas pequeñas miserias inherentes á la naturaleza, que generalmente se pasan pronto cuando se las desprecia. Sobre todo no debe preocuparse con *una enfermedad que pueda tener*; que no mire una hora de insomnio como el preludio de una gran enfermedad; si es ingenua, irá á decir á la superiora la molestia ó indisposición que siente, como un niño se lo dice á su madre, y se dejará tratar aceptando el alivio que le

ofrezcan; y si el buen Dios permite que no se tenga con ella la piedad afectuosa que tenía derecho á esperar, irá á decirselo al buen Dios, pero á nadie más que al buen Dios. ¿Cree que Dios no sabrá reconvenir á quien lo merezca?

Devoción exagerada ó singular.

Es éste un verdadero manantial de trastorno y de división en una comunidad. ¿Cuándo se hará comprender á las religiosas que toda *santidad, su santidad personal*, está vinculada en la simple observancia de su regla? *Todo*; pero *ni más ni menos*.

La singularidad en la devoción es el defecto más tenaz y más nocivo, sobre todo cuando forma un *partido* ó un simple grupo que se cree más piadoso que el resto de la comunidad. Imagínanse que Dios las llama á mayor perfección; multiplican las prácticas de devoción fuera de regla; se quedan en la iglesia más tiempo que las demás; paréceles que hay mucha relajación en la comunidad; afectan en seguida un exterior más grave, más humilde, más reservado; como quien no dice nada, vituperan indirectamente la conducta de los superiores que rehusan una comunión extraordinaria; piden con insistencia más prácticas de piedad, y murmuran del confesor que procura mantenerlas en la humildad.

Escuchad á san Francisco de Sales: «Si yo fuese religiosa, dice á una hermana, me parece que obraría así: no pediría nunca comulgar

más á menudo que la comunidad; no pediría nunca permiso para llevar el cilicio, ni la cadenilla, ni el cinturón, más que las demás; ni pretendería hacer ayunos extraordinarios, ni disciplinas, ni ninguna otra cosa; me contentaría con seguir á la comunidad en todo y por todo. Si fuese robusta, no comería cuatro veces al día; pero si me mandaran comer cuatro veces, lo haría sin decir nada. Si fuese débil y no me dieran de comer más que una vez al día, no comería más que una vez al día, sin pensar si estoy débil ó no.

»Yo quiero pocas cosas, y lo que quiero lo quiero muy poco; tengo muy pocos deseos, pero si volviese á nacer no tendría ninguno. Si Dios viniera á mí, yo también iría á El. Si El no quisiera venir á mí, me estaría quedo y no iría á El. Digo, pues, que no hay que pedir ni rehusar nada, sino entregarse en manos de la divina Providencia, sin dejarse llevar por ningún deseo, sino querer todo lo que Dios quiere de nosotros.»

Sea ésta la regla de vuestra conducta, y tened presente que la vía común es siempre la más segura.

Amistades particulares.

Son nocivas al alma, porque arrastran poco á poco á la *sensualidad*. Hablaremos de eso en la segunda parte. Perjudican á la *comunidad* en cuanto son injuriosas á las otras hermanas, á quienes al parecer *se desprecia*, dejándolas á un lado; porque destruyen la caridad, excitan

Los celos y son para muchas hermanas así unidas semillero de innumerables faltas. *Falta de silencio*, por de pronto; ¿cómo no hablar y no hablar en secreto? *Falta de obediencia*; se les ha prohibido el estar juntas, y andan siempre buscando ocasiones de encontrarse solas. *Falta de pobreza*; ¿acaso es posible que no se hagan algún regalito, que no trabajen, siempre á escondidas, la una para la otra? *Falta de respeto á los superiores*; ¿es posible que dejen de comunicarse las prohibiciones que se les han hecho, que no las encuentren injustas, que no acusen á sus compañeras de chismosas? *Falta de espíritu interior*; Dios no habita en los corazones que toman por amistad lo que no es más que pasión.

Frecuentación de los locutorios y curiosidad de saber noticias.

Las gentes del mundo que quieren hacer el elogio de una religiosa, dicen: *va muy poco al locutorio*; y cuando quieren expresar la poca estima en que tienen á una comunidad, dicen: *los locutorios están siempre llenos*.

¿Cuál es la religiosa que, después de haber estado una hora en el locutorio, ha podido decir delante del buen Dios: *he vuelto más santa?*

El locutorio hace perder el tiempo; el locutorio disipa; el locutorio infunde el espíritu del mundo, y algunas veces, haciéndolo desear, debilita la vocación. El locutorio es manantial de muchas tentaciones.

La *curiosidad* por saber noticias causa también inmenso perjuicio al espíritu de una comunidad. Absteneos severamente de leer diarios, cualesquiera que sean, libros fútiles, revistas periódicas. No *leáis nada* sin permiso, y pedidle pocas veces. ¡Oh! ¡Si tuvierais amor á vuestro *empleo*, todos vuestros pensamientos, todas vuestras lecturas se encaminarian á adquirir más aptitud para desempeñarlo!

III

Malos espíritus que pueden insinuarse en una comunidad.

¿Sabéis los efectos que puede producir entre los miembros de una comunidad el hábito de las *faltas* que acabamos de enumerar?

He aquí la lista, que os parecerá *larga*, pero que no es más que la indicación de los *diferentes espíritus, espíritus malos*, que el demonio viene á poner poco á poco en lugar del espíritu de *abnegación y de paz*.

Esta lista os servirá de *espejo* para conocer la menor *mancha* tan pronto como se muestre, y os ayudará á hacerla desaparecer en seguida, acercándoos más al buen Dios *con el auxilio de la oración*, y aplicándoos con más interés al cumplimiento de vuestro deber actual.

Espíritu de *ambición*, que procura tener un empleo más elevado que el que tiene por obediencia: á este fin adula á los superiores, denigra delicadamente á las compañeras y se

vale de todos los medios para mostrar sus talentos.

Espíritu de *charla*, que habla en todas partes, habla de todo, que lo sabe todo, se entromete en todo, y generalmente llena la casa con el ruido de su voz, que nunca sabe moderar.

Espíritu de *mal humor*, que cuando se le hace alguna advertencia permanece uno ó dos días sin abrir la boca; se muestra á todos con rostro sombrío y melancólico, llegando hasta el punto de no querer tomar alimento.

Espíritu de *crítica*, que censura todo lo que se hace, y quiere pasar por instruido é inteligente, encontrando faltas en todo. Ni aun los superiores se libran de su mala lengua, y sus compañeras le temen y huyen de él. Está descontento de todo; tan pronto encuentra detestables los alimentos, como la casa; ya le parecen groseros los que viven en su compañía, ya encuentra pesado su empleo, ó ya es la comunidad entera quien necesita de reforma.

Espíritu de *capricho*, que no puede permanecer nunca dos días en el mismo estado y con las mismas ideas; que pasa con increíble facilidad del amor á la indiferencia, de la indiferencia al aborrecimiento; que pide un empleo con grandes instancias, y un mes después no puede ya desempeñarlo y rehusa continuar en él.

Espíritu de *curiosidad y de indiscreción*, que quiere saberlo todo; que para conseguir sus fines comete una infinidad de indiscreciones, espiondo, escuchando, preguntando, leyendo hasta las cartas que no se le han dirigido, con-

tándolo todo á su gusto, complaciéndose en estar siempre enterado de todo.

Espíritu de *disipación*, que se ríe de todo y por todo; que procura distraer en todas partes, y algunas veces aun en la capilla; que se chancea hasta de las cosas más serias; que está casi siempre distraído, y ordinariamente encuentra largos todos los rezos.

Espíritu de *entusiasmo*, que se prenda de todo lo que se le muestra rodeado de algún brillo. Lo nuevo, lo extraordinario, atrae súbitamente sus simpatías; una devoción nueva es á sus ojos la devoción por excelencia; una práctica de piedad que no conocía le hace casi abandonar los actos de comunidad. Se apasiona, sobre todo, por lo que es extraordinario; las revelaciones, las vidas milagrosas, todo lo acepta sin reflexión. Las lecturas diarias, las predicaciones ordinarias lo dejan frío é insensible: necesita siempre algo nuevo.

Espíritu de *inconstancia*, que se fastidia casi de todo, que no vive nunca en lo *presente*, sino siempre en lo *por venir*.

La monotonía de la regla casi le hace enfermar, y si no le fuera permitido pensar que *pronto* cambiará todo, no se podría sostener. Sueña constantemente con otra casa, con otro superior, con otro empleo.

Espíritu de *independencia*, resultado de un gran orgullo, que siempre está dispuesto á la murmuración; que se somete, es verdad, pero interiormente llega hasta el desprecio de las personas que le mandan, y de las que trabajan con él, considerándose muy superior á todos,

ya por su inteligencia, ya por su discreción, ya por su piedad ilustrada. Ni aun se somete al confesor.

Espíritu de *flojedad* y de *molicie*, ante todo amigo de sus comodidades. Necesita los más minuciosos cuidados, las precauciones más delicadas, las atenciones más que maternas, y en cuanto se le rehusan ó se tarda en concedérselos, levanta el grito... Su divisa es, *lo menos posible*, y los empleos ú ocupaciones que molestan algo son motivo perpetuo de incesante murmuración.

Espíritu de *mentira* y de *dobleza*, que no va nunca por el camino *recto*, ni cuando contesta á las preguntas que se le hacen, ni cuando pide las cosas que desea. Siempre teme que se vea su alma con demasiada claridad. ¿Es que tiene siempre algo que ocultar? No sabe decir *sí* sencillamente. Nunca cree que se le habla con sinceridad.

Espíritu de *sensualidad* y de *inmortificación*, que procura satisfacer sus gustos, sus apetitos, sus inclinaciones, su curiosidad; que huye de todo lo que exige un poco de abnegación; que teme una corriente de aire; se queja de una puerta abierta; murmura habitualmente del alimento; no puede sufrir que nadie se mueva á su alrededor, y exige siempre los mejores sitios, los vestidos más nuevos, las palabras más dulces.

Espíritu de *simpatía* y de *antipatía*, siempre exagerado en sus afectos ó en sus repugnancias. Ama ó detesta súbitamente, sin otra razón que el sentimiento que le mueve; de ahí

amistades particulares, prevenciones á cada momento, repulsas, palabras picantes. De ahí también súbitas variaciones: ya ama, ya no ama; turbación continua en el alma y en el corazón.

Espíritu *aseglarado*, que instintivamente procura agradar con su porte, con sus modales y palabras; á través de sus hábitos religiosos se ostenta la coquetería; en el locutorio afecta graciosa y delicada finura; le gusta saber lo que pasa por fuera; las noticias políticas son su recreo, su gran distracción, y se complace en hablar de los grandes personajes que le honran con su amistad.

Espíritu de *escripulo*, castigo ordinario de la flojedad, de la tibieza, de la poca condescendencia con los demás. Está siempre inquieto; quiere contar, examinar y pesar cada uno de sus pensamientos, de sus afectos, de sus deseos. No tendría más que un medio para librarse de ese yugo insoportable: la *obediencia*; pero dice que *no puede* obedecer, y así vive molestado y contrariado, descuidando sus comuniones y siendo una carga para sí mismo y una carga para todos. ¡Pobre alma religiosa que se apartó de Dios voluntariamente, y de quien Dios se aleja ahora, dejándola entregada á sí misma! No hay duda que Dios volverá, pero no será hasta que ella se haya humillado completamente, hasta que haya comprendido que *no sabe nada*, que *no vale nada*, que *no puede nada* y que *tiene necesidad de las oraciones de todos, de los consejos de todos, de la caridad de todos*.

Ahí debéis llegar todas, religiosas, que deseáis ser útiles á la gloria de Dios, alcanzar la perfección que Dios exige de vosotras, y por ese camino llegar al cielo.

FIN DE LA PRIMERA PARTE

PARTE SEGUNDA

OBLIGACIONES DEL ESTADO RELIGIOSO